

De verdadero acontecimiento artístico puede calificarse—sin temor de incurrir en exageraciones—el espectáculo que en los días 3, 5, 6 y 8 del presente mes, nos han ofrecido los simpáticos empresarios del coliseo de la calle de Alarcos.

Se trata de una verdadera manifestación artística, de las pocas—desgraciadamente,—que de tarde en tarde, acostumbramos a ver en nuestro único escenario.

El éxito obtenido por la gran violinista, Angelina D'Artés, quedará en nuestra memoria como una efeméride digna de recordación.

No ha sido su actuación uno de tantos «succés du peuple», tan fáciles de conseguir por quien en vez de arte, solo tiene una regular dosis de frescura, una provocación de barrios bajos y una gran chabacanería.

No, Angelina, es algo que se destaca reciamente de ese marco tan amplio del arte. Es lo que se llama una artista, en el sentido real y verdadero de la palabra; no una de esas pseudo-artistas tan plenas de vulgaridad, como horas de sentido estético, de las que tanto gusta, por desgracia la galería.

Al decir que Angelina es artista, aplicamos la palabra en su sentido real.

Lo es, porque para serlo, posee la condición principal, en alto grado, que es el sentirlo. Angelina siente el arte innatamente y lo expresa con una ternura, una delicadeza y una precisión admirables.

El violín en sus manos pequeñas, como dos blancas palomas temblorosas, emite toda la gama de sensaciones amargas, como un suspiro aleteante interminable y pleno de angustiosa dulcedumbre.

Ella sabe arrancar, todo el dulce misterio a las cuerdas dormidas, hasta casi *plastificar* el sonido, que adquiere al conjuro de sus manos mágicas toda la visualidad de un bajo relieve, lleno de nervio.

Ella sabe envolver la melodía principal en los admirables efectos contrapuntísticos, con una precisión matemática, dando a la armonía general un impecable y refinado colorido policrómico.

Pero donde raya a altura,—donde solo llegan los elegidos—es en la manera de dar al ambiente melódico, una suave y acaricidora penumbra musical, como el dulce *sfumato* de un cuadro de Leonardo. En los pianos el sonido adquiere toda la idealidad de un hilo de plata rompiéndose en lo infinito.

Angelina, en suma—sueña con el violín y hace soñar al que escucha, consejas dulces de pretéritos tiempos.

Como cantante, aunque tiene poca voz, es dulce como su alma y suave como un aliento primaveral. Acciona bien, aunque un poco embargada y temerosa, sin duda producido por su corta carrera por los escenarios. A medida que pase el tiempo y se acostumbre, verá Angelina como ese leve hieratismo desaparece.

En el alma sentimos tener que cerrar esta crónica que, bien hubiéramos querido nosotros que aquí terminase, con una censura amarga para la Junta Directiva del casino, por quien fué invitada Angelina para dar, en la noche del miércoles, un concierto de violín acompañada por el pianista de dicho centro.

El proceder de la Junta con la simpática artista que, bien puede decirse que se ha adueñado por completo de las simpatías del público por su arte vario, completo e inimitable, es bochornoso y más que nada descortés y falto de galantería.

Tratárase de cualquier otra artista que, no contase como mayor garantía para su éxito que una procacidad sin precedentes y se hubiera visto colmada de atenciones y hubiera sido espléndidamente remunerada por su... arte.

Pero se trataba de Angelina, de una muchacha artista de verdad, para que la desconsideración surgiera y sus relevantes méritos se vieran recompensados con algo tan irrisorio que ni siquiera merece el nombre de limosna.

¿Qué idea tienen los señores de la Junta directiva del arte, y sobre todo, que idea tienen de la galantería para con una dama?

Nosotros que hemos admirado de verdad, la labor realizada por Angelina en nuestro Coliseo, le pedimos perdón por esa desconsideración de que ha sido objeto y le rogamos que no confunda ni por un momento al público de Ciudad Real enajenado de su arte, con el poco correcto proceder de los señores de la Junta Directiva del Casino de Ciudad Real.

Otro debut.—El 10 hizo su debut en el coliseo de la calle de Alarcos la monísima canzonetista Dora la Cordobesita que hace derroche de su gracia y su sal andaluza en la escena.

Se presenta luciendo un riquísimo vestuario que le vá muy bien a su cuerpo menudo y garboso y aunque sus cuplés son animados y bonitos, no hemos podido alejar la impresión de su poco arte y el efecto de galería que integran.

Además, la voz de Dora no dá la justa expresión a esas canciones que precisamente por el estilo de ellas necesita de una voz fuerte y sonora en la que se puedan apreciar las modulaciones que prestan algún favor al sentimiento falso que las inspiró.

Sin embargo agrada porque es bonita y porque en medio del paisaje que ofrece su decoración alegre y vistosa es una flor bella que tiene aromas del ambiente andaluz.

Fot. G. Plaza.

JACK.

